

Rojo al «sentido de la historia» como lo entiende Foucault: disociativo, sacrificial, paródico. Este sentido no se trata de un recuento que propone un presente asentado en necesidades inmutables, sino en múltiples puntos de referencias como condiciones de posibilidad para el dibujo de la historia; es un sentido que afirma la figura de la espiralidad sin fondo y sin cierre en la búsqueda de los orígenes, y que exalta, ante la falsa verdad de la reminiscencia, la verdadera falsedad de la simulación. La historia, así concebida, es genealogía en vez de milenio, o en palabras de Foucault, es la «historia en la forma de un concertado carnaval»<sup>12</sup>. El planteamiento del campo histórico en estos términos propone que el origen es metáfora, y que la descendencia es una configuración de discontinuidad; pluralidad, contradicciones y equívocos, procedimientos de inscripción con los que se trabaja el reclamo histórico de *El mar de las lentejas*.

Una revisión de la Enciclopedia Británica nos ofrece un sugestivo informe sobre el origen del nombre Antillas; traduzco:

*Antilia*, llamada a veces la Isla de las Siete Ciudades, isla legendaria del Océano Atlántico. El origen del nombre es incierto. La etimología más antigua (1455) arbitrariamente lo conecta con el nombre platónico *Atlantis*, mientras que escritores posteriores han tratado de derivarlo del latín *anterior*. De acuerdo con una antigua tradición portuguesa, la isla entera se convirtió en una comunidad utópica, libre de los desórdenes existentes en otros estados más desafortunados. Es imposible determinar hasta qué punto esta leyenda conmemora un descubrimiento verdadero pero imperfectamente registrado, y hasta qué punto es una reminiscencia de la antigua idea de un eliseo en los mares occidentales<sup>13</sup>.

Irónica concomitancia que dos aserciones de incertidumbre resuman el conocimiento del origen de *Antilia* presentado por la *satura* por excelencia que es el archivo enciclopédico; igualmente, paradójica y laberíntica coincidencia que la etimología sugerida esté atravesada por dos inasequibles: el primero, un origen eliseico y platónico, que por utópico constituye a la *Antilia* en un «no-lugar»; el segundo, deferente e invalidante, al proponerle una ascendencia en el léxico latino *anterior*, cuyo significado remite instantáneamente a una prioridad y así sucesivamente, es decir, crea en la palabra un espacio de retroceso infinito. Ambos

<sup>12</sup> Michel Foucault, «Nietzsche, Genealogy, History» en *Language, Counter-Memory, Practice*, ed. Donald F. Bouchard (Ithaca: Cornell University Press, 1977): 139-64.

<sup>13</sup> *Encyclopedia Britannica, 11th Edition, II* (New York: University Press, 1910): 126.

excedentes lingüísticos, presentes en este telón de preámbulo mitológico que impulsara a la imaginación europea en el cifraje de América, me parecen oportunos suplementos al telón de proscenio genealógico desplegado por *El mar de las lentejas*, en cuyas aguas espejeantes se lanzan John Hawkins y Benítez Rojo en fantaseante figuración fundadora.

**Eduardo C. Béjar**

## Sota de bastos, caballo de espadas La historia latinoamericana como antiépica

### Algunas palabras previas

**R**efiriéndose a la literatura latinoamericana, ya notaban algunos escritores de la década del sesenta, que nada hay más discutible que la idea de su unidad. Esa ilusión de un discurso latinoamericano único que a veces ha intentado ver la crítica, encuentra, sólo en Argentina, su más rotundo contraste. Creemos no exagerar si decimos que para un rioplatense comparten casi un mismo nivel de exotividad —la cuestión es de grado—, una novela ecuatoriana y otra nacional que hable de la selva misionera, los Andes neuquinos o la puna de Atacama. Y es que tal vez, y ya por

encima de lo meramente paisajístico, sea la Argentina el país latinoamericano en el cual se patentiza con mayor evidencia esa dialéctica entre regionalismo y cosmopolitismo que ha señalado Antonio Cándido como una especie de ley de evolución de nuestra vida espiritual<sup>1</sup>.

Unidad en la diversidad. Esta sencilla y sintética fórmula encierra, tal vez, una de las claves de la comprensión de América Latina:<sup>2</sup> unidad de los problemas ideológicos y económico-sociales, paralelismos de historia y de sincretismos culturales y religiosos; identidad en la marginalidad y dependencia con respecto a los países hiperdesarrollados. Es decir, por una parte unidad de problemas; por otra, diversidad de culturas y de sustratos étnicos; complejas configuraciones sociales; diversa asimilación y refracción de la influencia europea; una común religación con polos culturales como París o Londres que ha provocado multitud de asimetrías en el plano horizontal. En esto, la Argentina comparte cada uno de los elementos de la problemática de identidad y diferenciación con los otros países latinoamericanos, pero, además, nuestra diversidad no es sólo de desarrollo, o de subdesarrollo para hablar con mayor propiedad, sino genética. Darcy Ribeiro distingue en la configuración sociocultural de los países de América Latina a los *pueblos testimonio de los pueblos trasplantados o aluvionales*<sup>3</sup>. Los pueblos trasplantados se identifican por su perfil característicamente europeo manifiesto en el tipo racial predominantemente caucásico y en el paisaje creado como reproducción del Viejo Mundo; y designa como pueblos testimonio a las poblaciones mexicanas, mesoamericanas y andinas, sobrevivientes de las antiguas civilizaciones que ante el impacto europeo se derrumbaron, entrando en un proceso secular de aculturación que todavía no se ha clausurado.

Sabemos, aunque no es ocioso remarcarlo, que estamos hechos de esta doble vertiente: somos tanto latinoamericanos como indoamericanos. Ahora bien, esta cita de Darcy Ribeiro no hace sólo alusión a la configuración antropológica de la Argentina, hecho que, por otra parte conocemos todos, sino que se resuelve en el centro mismo del tema que vamos a tratar ya que, en el marco de estas definiciones podría inscribirse legítimamente una lectura posible de *Sota de bastos, caballo de espadas* de Héctor Tizón: aquella del encuentro de un general de tipo caucásico, educado a la europea —Manuel Belgrano— acompañado en el remolino de las circunstancias históricas por hombres y mujeres, telúricos herederos de la civilización incásica, todos arrastrados y hermanados por los avatares de una idea co-

mún que, como personajes de una historia aún no vislumbran claramente pero que, a la larga, será la de fundar un país.

Volviendo por un momento a las ideas mencionadas y desde su ineludible realidad, consideramos tan reduccionista una concepción de la literatura argentina que, centralizándose en Buenos Aires, ignore o margine una literatura del «interior», como la inversa: una literatura del interior que, apelando a lo mítico o a lo real-maravilloso como marcas de legítima pertenencia, desprecie por cosmopolita o europeizante a la literatura rioplatense o metropolitana. Y en este aspecto, no estamos de acuerdo con la dirección que parece indicar Françoise Perus cuando dice: *El peso que, al menos en el Río de la Plata, tuvo la oligarquía terrateniente, (...) parece haber confinado a la mayoría de los escritores en problemáticas metafísicas que, a estas alturas, dificultan su reencuentro con las múltiples y variadas formas de la tradición popular viva. Tal vez las nuevas bases de la acumulación cultural de las que se nutre toda literatura viva, tengan que partir del interior*<sup>4</sup>. Y no podemos estar de acuerdo porque ese programa parece ignorar que las problemáticas metafísicas aludidas están encarnadas en obras como las de Arreola, Borges, Arlt, Sábato, Marechal, Bioy Casares, Cortázar, Onetti, para hablar sólo de escritores cuya obra está concluida o prácticamente concluida. Obras sin las cuales consideramos que no se puede comprender la literatura latinoamericana. Y viene también al caso la discrepancia ya que, justamente, vamos a ocuparnos de una novela del «interior», en un intento de superar un enfoque dialéctico que no creemos produzca o deba producir una síntesis; en suma, intentado ver lo planteado no como una relación dialéctica sino como una relación dialógica. Dialogismo que, imaginamos, va a ayudar no sólo a saber qué decimos cuando decimos literatura argentina sino también y decisivamente a saber cómo somos. Y tal vez todo esto ocurra porque, como bien

<sup>1</sup> Cándido, Antonio: *Literatura e sociedade*, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1985.

<sup>2</sup> Rama, Ángel: *con respecto a la literatura latinoamericana y a los movimientos literarios del subcontinente*, dice Rama: «No hay nada más falso que la esa idea de la unidad». Menciona el texto de José Luis Martínez, *Unidad y diversidad. La literatura latinoamericana como proceso*, p. 85. CEDAL, Buenos Aires, 1985.

<sup>3</sup> Ribeiro Darcy: *Las Américas y la civilización*, CEDAL, Buenos Aires, 1985, pp. 97-401.

<sup>4</sup> Perus, Françoise: *entrevista para la revista Crisis*, n.º. 61, pp. 34-37, Buenos Aires, junio de 1988.